

SOBRE RAIMUNDO LULIO.

Tan lejos estaba yo de pensar en salir á la contienda excitada sobre Raimundo Lulio, que ántes habia formado la resolucion de abstenerme de ella, cuando la insinuacion de la voluntad opuesta de vuestra excelencia, comunicada de su órden por el señor don F. D. A., en carta suya, escrita el día 24 de Junio, me hizo revocar aquel propósito; sin que por eso pretenda calificar de meritorio este sacrificio de mi voluntad á la de vuestra excelencia, quien, no sólo por ser tan especial favorecedor mio, mas por otros muchos y gloriosos títulos, que hacen su persona respectable á toda la nacion española, y á las extrañas, es legítimo acreedor á más difíciles deferencias.

Las voces con que explicó vuestra excelencia su voluntad, segun la citada carta, fueron éstas: «Que esperaba con impaciencia ver cómo yo, hecho un nuevo Teseo, salía, auxiliado del hilo de mi discurso, del nuevo laberinto ó caos luliano.» En verdad, excelentísimo señor, que el uso de las especies de caos y laberinto no puede ser más oportuno, pues así uno como otro pueden pasar por unos propísimos símbolos del arte de Lulio. No faltarán quienes á este arte, quieran aplicar por enteró aquella pintura que Ovidio hizo del caos:

*Rudis indigestaque moles:
Nec quidquam, nisi pondus iners: congestaque eodem
Non bene junctarum discordia semina rerum.*

Pero yo, que no soy tan riguroso, sólo le aplicaré lo de *nec quidquam, nisi pondus iners*, lo que explica adecuadamente el concepto que infinitos han hecho de la inutilidad de su arte.

Aun con más propiedad le viene lo de laberinto, porque no hay cosa que más le sea adaptable, que aquel vulgarizado dístico que, en mi dictámen, debieran haber estampado los impresores en la frente de ella:

*Hic Labyrinthus adest; verum si laberis intus,
Non Labyrinthus erit; sed labor intus erit.*

Esto es lo que experimentaron muchos de los que se dieron al estudio del arte de Lulio, en quien, creyendo á sus panegiristas, pensaban encontrar recónditos tesoros, y no hallaron dentro de sus ambages sino trabajo, y trabajo perdido.

¡Qué escándalo el verme proferir la proposicion de que son infinitos los que tienen por inútil el arte de Raimundo Lulio! ¡Qué escándalo, digo, para los que han pasado los ojos por la formidable lista de aprobantes de ella, que poco há dieron á luz los nuevos apolo-gistas de Lulio, reverendos padres fray Márcos Tronchon y fray Rafael de Torre-Blanca, pretendiendo con ella probar, que son muchos más los panegiristas del arte de Lulio que sus impugnadores! Sin embargo, me mantengo en lo dicho, y espero, con la ayuda de

Dios, disipar enteramente ese que yo tengo por *scandalum pusillorum*.

Pero ántes me ha parecido decir algo sobre los ascos que han hecho los dos apologistas de que yo haya citado contra el arte de Raimundo á Bacon de Verulamio, por el título de que este autor fué hereje calvinista. Y ¿qué importa que lo fuese, si yo no le cito sobre asunto que pertenezca directa ni indirectamente á la religion? El nombre odioso de hereje, cuando tan fuera de propósito se toma por pretexto para hacer aborrecible la cita de algun autor que lo fué, es un coco de que artificio-samente usan algunos para amedrentar á los párvulos de la república literaria, cuando la cita los incomoda. Lo bueno es que los apologistas no dudan de citar, con conocimiento de que tambien fué hereje, sólo porque es á favor de Lulio, á Guillelmo Christiano Kriegman. Qué justicia es ésta? ¿Y quién es este Kriegman? Acaso no le conocen más los apologistas que yo, que hasta ahora no le he visto citar, ni hallé su nombre en algun catálogo de autores, cuando, al contrario, Bacon es conocido de todo el mundo literario. El título odioso de hereje á ambos es comun, la fama muy desigual. Con todo, ha de ser mal sonante en mí citar al famoso filósofo Bacon contra Lulio, y no en los apologistas citar al obscuro Kriegman á favor de Lulio.

Pero lo que no se puede negar que tiene muchísima gracia, es llamar mi Adónis á Bacon: *El Adónis del padre maestro, el hereje Bacon de Verulamio*. Así les plugo hablar á los dos apologistas, número 56. La expresion tiene *filis*; y aun por eso mismo es poco proporcionada á las barbas de aquel gran canceller de Inglaterra, que ciertamente no tenía cara de Adónis, si es su verdadero retrato el que está colocado á la frente de sus obras en la edición de Francfort de 1665. Pero ¿quién no ve asomarse en la afeitada frente de aquella vocecita de filigrana el satírico ceño de una cruel invectiva? Esto es impropierarme con una especie de insultacion, que yo haya hablado con aprecio de este autor hereje en una ú otra parte de mis escritos.

Sí, reverendísimos míos: he hablado con aprecio de este autor hereje, y le elogiaré siempre que se ofrezca, pero conteniéndome siempre, como hasta ahora hice, dentro de los límites permitidos. El santo y supremo tribunal de la Inquisicion de España, en las advertencias que pone despues del mandato á los impresores, por regla expresa permite, en el número 5, dar á los herejes elogios y epítetos honoríficos, «que no sean absolutos ni universales, sino limitados á particulares ciencias y materias... como llamar á Bucanano elegante poeta, á Enrico Estéfano doctísimo en griego; á Ticho Brahe excelente matemático ó astrónomo, que son dones y excelencias, que Dios suele comunicar aún á los que están fuera de su Iglesia.»

Yo, pues, he elogiado por filósofo y como filósofo á Bacon. ¿Qué hay en esto contra la santa madre Iglesia? ¿La filosofía natural, ni aun la moral, está ni estuvo nunca estancada en la verdadera religion? ¿El ser gentil le quitó á Aristóteles escribir bien de la primera, y aun mejor de la segunda? ¿Está tan identificada en un hereje la herejía con la filosofía, que no se pueda elogiar ésta y abominar aquella? Eso parece que quieren dar á entender los apologistas; porque, si no, ¿á qué propósito es recalarse tanto en la herejía de Bacon, que nunca le nombran sin clavarle el execrable epíteto de hereje? No bastaba decirlo una vez? Aun esa sobraba, porque para la cuestion en que estamos nada hace al caso la herejía. ¿No es aquí visible la afectacion? Y ya que en otras partes le plantan este pegote, ¿no se pudo ni aun debió excusar, cuando sólo le nombran como objeto de mi aficion? Sin duda; porque el conjunto de las voces *el Adónis del padre maestro, el hereje Bacon*, á cualquiera escolástico da á entender, *ex modo significandi*, que la herejía entra á la parte del objeto terminativo, ya que no de motivo del amor. Bien claro tenían lo contrario los apologistas en varias partes de mis escritos. Basta por ahora acordarles, que en el segundo tomo del *Teatro crítico* (*), discurso xv, despues de elogiar en los números 36 y 37 la agudeza filosófica de Bacon, Boyle y Newton, todos tres ingleses y todos tres herejes, y consiguiientemente á esto, la sagacidad anglicana en general para las cosas físicas, concluyo con esta exclamacion: «Oh desdicha! ¡Que tenga la herejía sepultadas tan bellas luces en tan tristes sombras!» Yo imité á mi modo y en mis afectos la accion de Dios al principio del mundo, separando la luz de las sombras: *Divisit lucem à tenebris*. Los apologistas, porque así importaba para sostener el caos luliano, confundieron la luz con las tinieblas.

Pero ¿qué dirán los apologistas cuando yo les haga ver que para elogiar á Bacon como filósofo tengo el nobilísimo ejemplar... de quién? No ménos que de nuestro santísimo padre Benedicto XIV, que hoy reina felizmente en la Iglesia, en su grande obra *De beatificatione et canonizatione servorum Dei*. Es cosa de hecho. Fiador mio es el reverendísimo padre maestro fray Miguel de San José, que en el extracto que hace de aquella obra en su *Bibliografía crítica*, resumiendo el contenido del capítulo xxx de la primera parte del cuarto tomo, donde trata de la incorrupcion de los cadáveres, en cuanto puede ser subsidio para la canonizacion, despues de distinguir la que es milagrosa de la que puede ser natural, para exponer las causas de ésta usa con elogio de la filosofía de Bacon: *Post hæc* (dice el doctísimo trinitario, tomo III, *Bibliografía crítica*, página 582) *laudat Franciscum Baconem, Baronem de Verulamio, qui in sylva sylvarum, vel Historia naturali, cent. 8, excerptim. 771, multa paucis complectens, nervosè philosophatur, quomodo putredo diutius à corpore prohibenda sit, idque fieri posse ait, si, etc.*

Añado que en la misma obra, en el capítulo xxii de la misma primera parte del cuarto tomo, se sirve su Santi-

(*) *Mapa intelectual de las naciones*, página 86. (V. F.)

dad de la doctrina de Roberto Boyle, tan inglés y tan hereje como Bacon, para determinar el tiempo que naturalmente puede vivir el hombre sin respirar. Y en estos dos ejemplares pueden ver los apologistas experimentada la verdad de aquella máxima del Santo Tribunal de España, citada arriba, «que suele Dios comunicar dones y excelencias pertenecientes á las facultades naturales, aun á los que están fuera de su Iglesia, aunque para servicio de ella misma.» Es de suma importancia á la Iglesia, y aun de indispensable necesidad para proceder con seguridad en la canonizacion de los santos, el discernir de los efectos ciertamente milagrosos, los que pueden ser naturales. Pues para asunto tan útil á la Iglesia se sirvió nuestro santísimo padre de la doctrina de dos filósofos herejes.

Déjese, pues, á la gente ruda esa vulgar cantinela de despreciar cuanto hay en los herejes, sólo porque lo son. Lo bueno se puede apreciar en cualquiera parte que esté. Nadie desprecia un diamante por hallarle entre inmundicias. Los herejes, por serlo, no dejan de ser hombres. Ni Dios repartió las almas con una providencia tal, que todos los grandes ingenios hubiesen de caer precisamente dentro de su Iglesia. Como dejó las de Aristóteles, Platon y Tulio entre los gentiles, pudo dejar otros ingenios iguales entre los herejes.

Muy al contrario de ciertos escritores católicos de ínfima nota proceden en esta materia otros, cuya piedad y doctrina están muy acreditadas. El cardenal Palavicino aplaude el ingenio del heresiarca Zuínglio, como excelente para todas ciencias: *Ingenio aptissimo ad omnes disciplinas addiscendas*. Justo Lipsio llama al hereje Isaac Casaubon, *adolecentem magni ingenii*. El autor de la *Bibliografía crítica*, sin embargo de ser no poco escrupuloso en conceder algo de bueno á los escritores sectarios, aun en órden á las prendas intelectuales más impertinentes á la religion, á Pedro Bayle, cuya letura, no sin razon, dice que es dañosísima, llama *magni ingenii vir*. El padre Renato Rapin dice del ateaista Hobbes, que manifestó una grande profundidad de ingenio en la física: *Thomas Hobbes a fait paroître une grande profondeur de esprit en sa physique*. (*Reflexions sur la physique*, sect. xix.) Y de Bacon, que tenemos entre manos, que es el más sutil de todos los modernos. (*Reflexions sur la philosophie*, sect. xviii.) Tambien debe de ser Adónis del padre Rapin el hereje Bacon.

¿Y qué diré de los elogios que á Focio dan muchos ilustres escritores católicos, al cismático, hereje y maldito Focio, uno de los más insolentes y perniciosos enemigos de la Silla Apostólica que hubo hasta ahora? *Vir doctissimus*, dice de él el padre Felipe Labbe, en su *Biblioteca ecclesiastica*. *Prudentia, ac scientia clarissimum*, le apellida el padre Francisco Pagi en su *Breviario de los pontífices romanos*. Mucho más dice el abad Fleuri; y es tanto lo que dice, que escrupulizo copiarlo.

Estos autores practican aquella advertencia que hizo Dios por Jeremías: *Si separaveris pretiosum à vili, quasi os meum eris*. Separar y distinguir lo precioso de lo vil, cuando uno está mezclado con otro, dando á cada uno su justo valor, es lo que dicta la razon. Con

fundir lo precioso con lo vil, y despreciar aquello porque está mezclado con esto, sólo la sinrazon puede dictarlo.

He justificado tal cual elogio, que en línea de filósofo haya dado á Bacon. No es tan fácil que los dos apologistas se justifiquen á sí mismos sobre lo que imponen á Bacon. En el cotejo que hacen del hereje Kriegman con el canciller Bacon, para darle á aquel alguna superioridad en la virtud, ya que tan inferior de parte del ingenio, dicen que Kriegman *fué modesto en escribir*, pero *el maldiciente Bacon de Verulamio no conoció la modestia*; expresion, que para quien entienda el énfasis de la frase castellana, significa que fué inmodéstísimo. Y en otra parte le llaman *el mordaz y maldiciente Bacon*.

Vaya ahora un poquito de moralidad trivial. Es cierto que á ningun hombre que sea hereje, mahometano, idólatra ó judío se le puede con buena conciencia imputar vicio que no tiene. Preguntaré ahora á los reverendísimos apologistas: ¿de dónde les consta que Bacon fué tan inmodesto, y que fué mordaz y maldiciente? Bien al contrario, no ha habido hasta ahora autor protestante más moderado, contenido y desviado de aquellas invectivas contra los católicos, que frecuentemente á los escritores sectarios sugiere su falsa religion. Abran los apologistas el *Diccionario* de Moreri, verbo *Bacon*, y verán en él las siguientes palabras: «Se dice que era severo, pero bueno, liberal y comedido. Esta última cualidad se manifiesta en sus escritos, en los cuales, aunque protestante, habla con mucho respeto ó miramiento (*avec assez d'égard*) de los papas y católicos.» Elogio, sin duda, muy debido á Bacon; pues habiendo escrito tanto, y siendo súbdito, ministro y favorecido de una reina tan enemiga de la religion católica, como fué Isabela, no se halla en todos sus escritos ni una palabra ofensiva hácia los que la profesan. No sólo no injurió á los papas, pero cuando se ofreció, á los mismos de su tiempo exornó con elogios. En el libro 1.º *De augmentis scient.*, celebra como insignes papas á Pio V y á Sixto V. En la *Historia de la vida y de la muerte*, dice de Paulo III: *Vir sedati animi et profundi consilii*; y de Gregorio XIII: *Vir plane bonus animo et corpore sanus, politicus, temperatus, evegertes et eleemosynarius*. Dénme los apologistas protestante que haya hecho otro tanto. Pero no importa. Haber despreciado el arte de Lulio es mérito sobrado para que los apologistas le traten de inmodéstísimo, mordaz y maldiciente. Lo que por el mismo delito dicen de mí, ya se verá abajo.

Basta ya de apología en cuanto á esta parte. Voy á cumplir lo que he prometido; esto es, probar que son muchos más los reprobantes que los aprobantes del *Arte* de Lulio. Sus apologistas, con desprecio, notaron que yo no cité contra ella más que dos críticos, el canciller Bacon y el padre Renato Rapin, procurando dar á entender á los lectores, que no cité más porque no había más que citar. Yo creo podré decir con verdad, que los dos apologistas ni áun tantos citaron á favor de Lulio como yo contra Lulio.—Pues ¿no propusieron doscientos aprobantes en su prolija y fastidiosa lista?—Sí, señor. Pero toda esa lista de doscientos fué copiada, como

ellos mismos confiesan, del apasionadísimo lulista alemán Ibo Zabzinger. Con que esto, en rigor, viene á ser citar solamente á Ibo Zabzinger, que no es más que uno; y si á ese uno se recusa por apasionado, vienen á quedar todas las citas en cero. Los autores que yo cité no fueron más que dos, mas esos no los leí con ojos ajenos, sino con los que Dios me dió. No cité más, porque para el intento de aquella carta bastaban. Ahora que sobre ello se me ha suscitado cuestión, ya citaré más, con la advertencia de que yo mismo los he leído, y que son autores de nombre y fama, y no oscuros y buscados por todo rincón para patrocinar á Lulio, como son casi todos los que en la lista de Zabzinger elogian á Lulio.

El padre Juan de Mariana, libro xv de la *Historia de España*, capítulo iv, así habla de los escritos de Lulio: «Cosa de grande maravilla que persona tan ignorante de letras, que áun no sabía la lengua latina, sacase, como sacó á luz, más de veinte libros, algunos no pequeños, en lengua catalana, en que trata de cosas así divinas como humanas; de suerte, empero, que apénas con industria y trabajo los hombres muy doctos pueden entender lo que pretende enseñar: tanto, que más parecen deslumbramientos y trampantojos con que la vista se engaña y deslumbra, burla y escarnio de las ciencias, que verdaderas artes y ciencias.»

Habla luégo con el debido elogio de su celo por la fe, el martirio que padeció, y la veneracion que logra en Mallorca. Despues de lo cual, volviendo á los escritos, dice así:

«Sobre sus libros hay diversas opiniones. Muchos los tachan como sin provecho y áun dañosos; otros los alaban como venidos del cielo para remedio de nuestra ignorancia. A la verdad quinientas proposiciones, sacadas de aquellos libros, fueron condenadas en Aviñón, por el papa Gregorio XI, á instancias de Eimerico, fraile de la órden de Predicadores é inquisidor que era en España; ciento de las cuales proposiciones puso Pedro, arzobispo de Tarragona, en la segunda parte del *Directorio de los inquisidores*. Si va á decir verdad, muchas de ellas son muy duras y mal sonantes, y que, al parecer, no concuerdan con lo que siente y enseña la santa madre Iglesia. Esto nos parece debe de ser por nuestra rudeza y grosería (ironía manifiesta, pues no se tenía ni debía tener por rudo y grosero el padre Mariana), que impide no alcancemos y penetremos aquellas sutilezas en que los aficionados de Raimundo hallan sentidos maravillosos y misterios muy altos, como los que tienen ojos más claros. Ó por ventura adivinan y fingen que ven, ó sueñan lo que no ven, y procuran mostrarnos con el dedo lo que no hay.»

El segundo autor que cito, es el grande é incomparable analista de la religion seráfica, Lucas Wadingo. Aquí contemplo, que como que leen una propuesta extravagante, erizan la frente, no sólo los dos apologistas, mas tambien muchos de los lectores que vieron al insignie Wadingo colocado en la lista de los aprobantes del arte y demas escritos de Lulio. Pero ya desarrugarán la frente, cuando vean los testimonios que evidentemente persuaden lo contrario. Yo estoy muy léjos de acusar de mala fe á los dos apologistas en la alegacion

de Wadingo. Pero no puedo ménos de extrañar su inadvertencia en fiarse para este efecto de su Ibo Zabzinger, siéndoles tan fácil examinar por sí mismos á Wadingo, cuyos *Anales* es de creer no falten en la biblioteca de su convento. Pondré en su latin los pasajes de Wadingo, para precaver la sospecha de que altero algo en la traduccion.

Wadingo, pues, en el tomo vi de sus *Anales*, al año de 1315, donde latamente trata de Raimundo Lulio, despues que en el número 10 propone lo que sus defensores dicen para persuadir que es supuesta la condenacion de sus errores, hecha por Gregorio XI, sobre que se alega la decantada junta de cuatro minoristas y tres dominicanos, que en presencia del rey de Aragon absolviéron de la nota de error la doctrina de Raimundo, dice, en el número 14, que aquella absolucion sólo cayó sobre tres proposiciones particulares que se le imputaban; pero que de las ciento que escribió Eimerico en su *Directorio*, la parte mayor y principal verdaderamente se halla en las obras de Lulio, entre quienes el mismo Wadingo confiesa que algunas manifiestamente son dignas de censura.

Tres tamen (son palabras de Wadingo) *dumtaxat sunt propositiones, de quibus illi iudicium tulerunt. Porro ex reliquis, quas Eimericus centum scripsit in Directorio, major et potior pars verè in ejus operibus reperitur, quarum nonnullæ ut verum fatear, duriores et crasiores sunt, quam eas communis theologorum schola admittat, aut sine censuris elabi permittat. Sua habet peregrina et principia Raimundus, abstrusos modos loquendi, quibus hac fortassis suis aeculis complanet, et doctrinæ sectatoribus tandem intrudat; sed aliis minimè persuadeat.*

En el número 12 reprueba los magníficos epítetos que dan sus apasionados á Lulio, de doctor iluminadísimo, trompeta del Espíritu Santo, etc., oponiendo á la pretension de que su doctrina fué inspirada, el ningun uso que de ella ha hecho la Iglesia en más de trescientos años (ya podemos decir cuatrocientos), que han pasado despues que salió á luz, en cuyo espacio de tiempo se celebraron cuatro ó cinco concilios generales, sin que de ella se valiesen jamas los padres contra los enemigos de la fe; siendo increíble que una ciencia revelada por Dios esté en la Iglesia tan ociosa. Pero oigámoselo al mismo Wadingo.

At dices è caelo delapsam, à Christo revelatam, mirabiliter viro prorsus litterarum, etiam humaniorum, ignaro, divinitus infusam, idque non sine magno aliquo, vel præsentis, vel futuro Ecclesie emolumento: cum omnis sapientia divinitus inspirata utilis sit ad docendum, ad arguendum, ac corrigendum, ac erudiendum in justitia, ut perfectus sit homo Dei ad omne opus instructus. (2.º, Ad Timoth., iii.) Sed ex hoc ipso adversarii minimè à Deo inspiratam contendunt, cum nullum hucusque peculiarem fructum ex hac doctrina percepisse Ecclesiam perspicuum sit, nec percepturam esse adeò certò speretur: quippè quatuor, aut quinque conciliis generalibus, quæ post editam hanc doctrinam celebrata sunt, nullo fuerunt usui libri Raimundi, nec ex eis quidquam patres ad revincendos errores hæreticorum decerpserunt.... Doctrina

à Deo inspirata velut armamentarium est, aut tanquam thesaurus medicamentorum. (Ephrem., orat. De patientia et compunc.) Sed hac nescio, quæ hucusque tertium, et plurium annorum spatio arma deprompta sunt contra fidei hostes, nec quæ medicamina adversus vitiorum ægri tudines. Credibile autem alicui videbitur scientiam à Deo revelatam ad nihilum inseruire, sed inanem prorsus, et vacuum per tot sæcula latere?... Abstinendum itaque putaverim ab ineptis quorundam epithetis, et paræneticis quæ insulsè aguntur elogiis: temerè enim à suis appellatur sectariis, doctor illuminatissimus, tuba Spiritus Sancti, organum Dei, fons veritatis; Ecclesie restaurator.

En el número 16 habla de el *Arte* de Lulio, dividida en magna y parva (que es lo principal de nuestra cuestión); y qué dice de este *Arte*? Que unos la fingen un secreto grande y seminario de misterios, y otros la tienen por cosa de burla y escarnio; que pocos ó ningunos la entienden perfectamente, y que la entiendan, que no, ninguno de los que se entregan á este estudio, y despues de inmensos trabajos piensan que han comprendido el *Arte*, llega á saber por ella cosa digna de algun particular aprecio, y que no sepan los que siguen el camino comun por la trillada doctrina de las aulas: *Paucos, vel nullos invenias, qui hanc artem, vel artium omnium secretissimum, et misteriorum, quod fingunt, seminarium, vel ut alii vocant, ludibrium perfectè assequantur. Quod si post inmensos labores, et fatigati cerebri vigilias, aliquid se pulent assequutos, vellem scire, quos tanti laboris hauriunt, vel edunt fructus, vel quam singularem, præ communi hominum sorte, aut trita gymnasiolorum doctrina imbutis vinis, præferant excellentiam.*

Finalmente, concluye diciendo, que en todas las obras de Lulio el estilo es, no sólo desaseado y bajo, pero frecuentemente bárbaro y lleno de idiotismos de otras lenguas; que el método es irregular, inculto y confuso; que la narracion de los hechos es sincera, pero ni grave ni suave, sino áspera y algunas veces ridícula; que las expresiones son extrañas de el regular modo de hablar de los teólogos, y muchas aserciones discordantes de la que hoy es doctrina comun: *In universis autem hominis operibus stilius inconcinuus, inæqualis, non solum humilis, verum et passim barbarus, idiotismis aliorum idiomatum ubique scalens: methodus irregularis, inculta, et confusa, rerum gestarum, nec seria nec lenis, sed levis et aspera, aliquando ridicula, vera tamen et sincera narratio: modi, et termini loquendi à communi dissident loquela theologorum, et pleræque ejusdem assertiones absonæ à communi nostri ævi doctrina.*

Eusebio Amort, en su *Filosofía polingana*, página mihí 545 de la edicion de Ausburgo, de el año de 1730, despues que explica el *Arte* de Lulio, añadiendo á ella la ilustracion combinatoria de el padre Kircher, dice, que á nadie aconseja el estudio de este *Arte*: *Ego nolim in hac arte esse prolixior, quam nulli consulo.* Y la razon que da inmediatamente es, porque el asunto de este *Arte* es buscar por varios ambages aquello, que sin arte ni fatiga alguna á una simple inspeccion se presenta al entendimiento.

Don Nicolás Antonio (*Bibliotheca vetus hispana*, libro ix, capítulo iii), aunque los apologistas lo alegan á su favor, está contra ellos. No es esto decir que no hayan copiado fielmente el elogio que transcriben en el número 41, *fama clarus*, etc., sí sólo que aquel elogio para el asunto de la cuestion no es de el caso, por estar concebido en términos generales, cuya verdad es compatible con la inutilidad de el *Arte* de que disputamos. Y aún en algun modo sería adaptable al punto disputado el elogio, si don Nicolás Antonio no hubiera expresado su dictámen en particular en orden al *Arte*. Pero habiéndole expresado, á éste nos hemos de atener, y no á panegíricos vagos, ó meramente determinados á su ardiente celo á promover la fe, sus trabajos y martirio por ella. ¿Qué dice, pues, este autor en orden al *Arte* de Lulio? Que alaba como juiciosa la censura que Lucas Wadingo hizo de ella: *Laudo semper Wandingi iudicium in cordatè censendo de hac arte*. La censura de Wadingo la hemos visto arriba; con que en ella tenemos vista la de don Nicolás Antonio.

Don Diego Saavedra, en su *República literaria*, página miki 95 (la impresion que tengo es la hecha en Alcalá, en el año de 1670), describiendo aquel edificio, que llama *la casa de los locos*, voz que allí sólo significa los que se entregan á estudios inútiles y vanos, los primeros que nombra como tales son los lulistas, por estas palabras: «En unos salones grandes habia notables humores; allí estaban los discípulos de Raimundo Lulio, volteando unas ruedas, con que pretendian en breve tiempo acaudalar todas las ciencias.»

El marqués de San Aubin, en su tratado *De la opinion*, tomo 1, libro ii, capítulo iv, número 8, pronuncia así: «La lógica de Raimundo Lulio no es más que una jerigonza, una colocacion de voces en un orden arbitrario, que nada tiene de real.» Y en una nota, á lo bajo de la página, cita un autor, llamado Pedro Montuus, que dice, que el método de Raimundo fué copiado de un filósofo árabe, llamado *Abejebbron*. Pero yo no hallo el nombre de este filósofo árabe en la *Biblioteca oriental de Herbelot*. Puede ser que esté alterado el nombre en la cita, lo que frecuentemente sucede en los nombres propios árabes, como *Ebn Roschd* lo trasformamos en *Averroes* y *Ebn Sina* en *Avicena*.

Debo advertir, que el marqués de San Aubin, no por ser marqués, deja de ser uno de los hombres más eruditos de este siglo, como testifican sus doctísimos tomos de el *Tratado de la opinion*.

Nuestro famoso crítico don Juan de Mabillon, en la segunda parte de los *Estudios monásticos*, capítulo xv, donde trata de las ciencias á que se pueden aplicar los monjes, despues de exceptuar algunas artes, por inútiles para ellos, cuales son la poesía, la música, la óptica y la astronomía, prosigue así: «Con más fuerte razon se debe exceptuar la arte química, la piedra filosofal, la *Arte* de Raimundo Lulio, que de nada sirve; la astrología judiciaria, la quiromancia y las otras especies de adivinar, que son reliquias de el paganismo.

Conforme á todos los citados, y aún añade algo más, está el célebre modenés Luis Antonio Muratori, á quien cita el doctísimo y reverendísimo padre fray Miguel de San José, en el cuarto tomo de su *Bibliogra-*

fia crítica, página 22, columna 1, en la forma siguiente: *Ludovicus Antonius Muratorius, vir planè apud literatos laudatissimus, quamvis fateatur in Lulio nostro devotionem servidam, cum portentoso ingenio conjunctam, agnoscit nescio quem fanatici spiritum, cui adscribendam censet magnam artis illius existimationem, quam ipse putat vix non fulem, nec quovis vulgari ingenio superiorem.*

Cuando yo no tuviera que alegar contra el *Arte* de Lulio más que los ocho autores que acabo de citar y los dos que habia citado ántes, me creeria muy superior en la contienda á cuanto han citado los apologistas á favor de Lulio. Son diez autores no más, pero todos diez famosos en la república literaria, todos diez desapasionados. A todos diez he leído por mí mismo. De todos he dado los pasajes al pié de la letra, y todos los pasajes son específicos sobre el punto cuestionado. Estas cinco circunstancias relevan mucho mi argumento *ab auctoritate* contra Lulio, sobre el que propenen los apologistas á favor de Lulio; en quien hay todas las nulidades opuestas á aquellas cinco circunstancias, como voy á demostrar.

Lo primero, los apologistas no vieron los autores que citan á favor de Lulio, ó sólo leyeron uno ú otro. Esto consta por confesion suya, pues página 31, donde concluyen la coleccion de aprobantes de Lulio dicen, que el catálogo que acaban de hacer es extracto de el doctor Ibo Zabzinger. Éste es un gran defecto en las pruebas *ab auctoritate*, y mucho mayor cuando la cita de los autores se extrae de un colector apasionado, cual lo era Zabzinger, á quien los apologistas cualifican de lulista de primera clase, que para mí significa apasionado de primera clase.

Lo segundo, de los mismos autores citados, muchos, y aún creo la mayor parte, son declarados lulistas, ya de primera, ya de segunda clase, por confesion de los dos apologistas; capítulo legítimo de recusacion. Esto es lo mismo que si á favor de la astrología judiciaria se alegasen los que la profesan, á favor de la cábala los cabalistas, y á favor de la piedra filosofal los que están infatuados de esta simpleza.

Lo tercero, muchos de los citados son mallorquines. Otro capítulo de recusacion, por la bien fundada sospecha de pasion por su compatriota Lulio. El padre Wadingo, á quien nadie niega haber sido un gran crítico, en el lugar citado arriba, número 7, repele el testimonio de don Juan Seguí, por compatriota, por sectario de Raimundo y porque recibió las noticias de un español amigo suyo: *Quia concivem, asseclam sectatorem Raimundi, et quia ab amico hispano exceptit, quæ scripsit.* ¿Por qué no se ha de repeler el testimonio de todos los demas en quienes concurran las mismas circunstancias?

Lo cuarto, las alabanzas excesivas y verdaderamente intolerables, que algunos de los autores alegados dan á Lulio, muestran claramente que hablaron agitados de una pasion ciega. ¿Quién podrá sufrir á Adrian Turnebo haber dicho, que el libro de la *Teologia natural* de Raimundo de Sabunde, que contiene la práctica de el *Arte magno* de Raimundo Lulio, «es la quinta esencia de santo Tomás»? Y es bueno que inmediatamente

á este extravagante elogio, dicen, muy satisfechos, los apologistas: «Sirva esta autoridad de tan célebre crítico de contraposicion á la de el padre Rapin.» No pasará por tal contraposicion, ni pasará por ella hombre alguno, que sepa quién fué Adrian Turnebo y quién el padre Rapin. Turnebo fué un insigne humanista, muy versado en los autores latinos y griegos pertenecientes á esta profesion, y un gran crítico dentro de la misma esfera; también fué jurisconsulto. Pero ¿quién le hizo á Turnebo teólogo, para discernir si el libro de la *Teologia natural* de Raimundo de Sabunde es la quinta esencia de santo Tomás? Al contrario, el padre Rapin, no sólo sobresalió en las bellas letras, mas fué también excelente filósofo y teólogo; cualidades que le proporcionan para hacer juicio de el *Arte* de Lulio.

Lo mejor es, que ese libro está prohibido enteramente por el Santo Tribunal de España (véase el *Índice expurgatorio*, tomo ii, página 176, en la primera clase), que es muy buena seña de ser quinta esencia de santo Tomás; esto es propriamente lo de *thesaurus carbonum*.

Harto ridículo es también el elogio puesto en nombre de el médico Aubri, en que es llamado Lulio *maestro de la sabiduria, principe de la inteligencia*; antonomasia, que significa superioridad respecto de cuantos doctores ha tenido la Iglesia. Pero podian los apologistas excusar aquel aditamento de Aubri, hablando de el mismo Lulio, *cujus misteria medica Paracelsus penetravit*, porque no es honroso para Lulio, respecto de los que saben quién fué Paracelso, hombre que llenó su cabeza y sus escritos, no sólo de confusiones y vanidades, mas aún de supersticiones y errores. Pero el médico Aubri era helmonciano, que es lo mismo que paracelista, con que pensó honraba á Lulio haciendo discípulo suyo á Paracelso.

No es de mejor talento lo que en una declaracion de ciertos doctores de París, que dicen tienen los mallorquines, se pronuncia que el *Arte* de Raimundo, no sólo es buena y útil, mas aún «necesaria para mantener la fe católica». La voz *necesaria*, cuando no se restringe, se entiende de el necesario *proprie et simpliciter* tal; y tomada en este sentido la proposicion, no ignoran los reverendísimos apologistas qué bellas consecuencias tiene. Pero aún explicada de la necesidad impropriamente, ó *secundum quid* tal, no es admisible; porque ¿qué efectos se han visto hasta ahora de la *Arte* lulística en orden á la conservacion de la fe? Y en caso que se hayan visto algunos, no quiero ni puedo creer que no se lograsen más ventajosos substituyendo á la doctrina de Lulio, la de san Agustín ó santo Tomás.

También es admirable el elogio dado al arte de Lulio por el señor Jacobo (así le nombran no más los apologistas, y no sé quién es este señor Jacobo), «que quien está en su centro ve todas las cosas con perfeccion, y que muy fácilmente puede estudiar todas las ciencias.» Ahí es poca cosa ver todas las cosas con perfeccion. Quien pronunció esto, parece que nada veia, ni aún imperfectamente, pues no vió la evidente inconsecuencia ó contradiccion que tenia delante de los ojos en su misma cláusula; quien ve todas las cosas con perfeccion, todo lo sabe; luego, ¿para qué ha menester estudiar cien-

cia alguna? El estudio se dirige á aprender lo que se ignora.

Pero á todo excede la alabanza de Lulio, que Cristóbal Suarez de Figueroa, citado de los apologistas, atribuye al doctísimo maestro fray Luis de Leon, concebida en estas voces: «Tres sabios tuvo el mundo: Adán, Salomon y Raimundo.» Yo no creo que aquel autor dijese tal desatino, ni acaso lo creen tampoco los apologistas, los cuales ciertamente, ni lo leyeron en el maestro fray Luis de Leon ni en Cristóbal Suarez Figueroa, sino en su Ibo Zabzinger. Lo primero es claro, porque si lo hubieran leído en él, le citarían derechamente, y no por medio de un tercero. Lo segundo infiero de que citan la obra de Cristóbal Suarez de Figueroa con el título latino de *Florum universale*. Este autor escribió varias obras, que enumera don Nicolás Antonio, y ninguna en latin. El *Florum* es sin duda yerro de imprenta. Debía decir *Forum*, porque una de sus obras se intitulaba *Plaza universal de todas ciencias y artes*, de que él, á la verdad, no fue autor, exceptuando algunas dicciones, sino traductor del italiano Tomás Garzoni de Bagnacaballo. Así, la cita debía decir *Forum universale*. Pero ni los apologistas nos especifican en qué parte del libro dice esto Suarez de Figueroa, ni á qué obra se remite este de fray Luis de Leon, que escribió tantas. Así, ésta es una de las muchas citas al aire de Ibo Zabzinger.

Ni ¿cómo es posible que un hombre tan sabio como el maestro fray Luis de Leon dijese un disparate tan garrafal? La proposicion «Tres sabios tuvo el mundo: Adán, Salomon y Raimundo» es, segun su sentido natural y literal, exclusiva de todos los demas; por consiguiente, se les niega el atributo de sabios á cuantos doctores y padres tuvo hasta ahora la Iglesia. Es verdad que los apologistas juzgan endulzar la proposicion diciendo, que «alude á la sabiduria infusa que tuvieron esos tres grandes hombres». Mas yo no sé si esto es ponerla peor que estaba; porque explicada de este modo, significa que sólo esos tres tuvieron sabiduria infusa, cuando de la sagrada Escritura consta evidentemente lo contrario. De los Santos Niños de Babilonia se dice (DAN., cap. 1): *Pueris autem his dedit Deus scientiam et disciplinam in omni libro et sapientia*; lo que todos entienden, y es preciso entender, de ciencia infusa. De Beseleel, hijo de Uri, profiere el mismo Dios (*Exod.*, cap. xxxi): *Implevi eum Spiritu Dei, sapientia et intelligentia, et scientia in omni opere*. De los apóstoles (JOANNIS, capítulo xiv): *Paracletus autem Spiritus Sanctus quem mittet Pater in nomine meo, ille vos docebit omnia, et suggeret vobis omnia quæcumque dixerit vobis*. Y en el capítulo xvi: *Cum autem venerit ille Spiritus veritatis, docebit vos omnem veritatem*.

Aún bajando de lo que es infalible y de fe divina, ¿por qué se ha de creer la ciencia infusa de Lulio, y no la de otros santos, que testifican muchos autores? En todo caso, ántes creeré esto de santo Tomás que de Lulio; porque de aquel me lo propone la Iglesia en su oficio, como testificado por un compañero de el Santo, que se lo oyó á él mismo: *Quin etiam Sodali suo fratri Reginaldo dicere solebat, quidquid sciret non tam studio aut labore suo peperisse, quam divinitus traditum accepisse*.